

# CALLE DE SANTO DOMINGO

ACTUALMENTE UNA MÁS ENTRE LAS TANTAS VÍAS DE SANTIAGO, ÉSTA ENCIERRA, HASTA HOY, HISTORIAS SOBRE LA CIUDAD Y SUS HABITANTES. EL RECORRIDO POR SU MEMORIA PUEDE SER FASCINANTE.

Por Sergio Martínez Baeza

**Los padres de la Congregación de Santo Domingo llegaron a Chile en 1551 y, pronto, recibieron en donación la ermita de Santa Lucía y un terreno contiguo, que no consideraron apropiado, lo que los hizo rechazar tal ofrecimiento. Sabido es que los franciscanos llegaron en 1553 y ellos sí aceptaron la ermita del Socorro, del otro lado de la Cañada, en un lugar más recoleto, donde hasta hoy perdura el convento y la iglesia de los hijos del “poverello” de Asís.**

Los dominicos buscaron un sitio más céntrico, próximo a la Plaza Mayor y consiguieron que Juan de Esquivel se los donara. La iglesia de Santo Domingo y el convento iniciaron su construcción en 1552. En 1597, en el mismo lugar que hoy ocupa, sin terminar aún, pero con la mayor parte de ella habilitada, empezó a usarse. Sólo en 1618 quedó definitivamente terminada.

La iglesia, en la que tantos años trabajó la congregación, con quince capillas, tenía una gran escalera que, según la expresión del Obispo Villarreal, “entre las del Escorial, pareciera bien”. Un siglo después, en 1747, se puso la primera piedra del segundo templo de la Orden, que es el que actualmente existe, realizándose la entronización del Santísimo, con la presencia del señor Presidente, Gobernador y Capitán General del Reino don Manuel de Amat y Junient, más tarde elevado a Marqués de Casstellbell. La fábrica se terminó diez años después, el año 1781, y otros diecisiete años tardó la erección de sus dos torres. Su arquitecto hizo esbelta la fachada, de líneas quietas y de un cierto clasicismo de orden dórico. El muro que daba a la calle debió ser apuntalado con rudos contrafuertes. Al decir de Sady Zañartu, se buscaron las enseñanzas venidas del Perú en las proporciones y perfilados, con algunas muestras de regionalismo americano. En su interior, de tipo basilical, de amplia nave y crucero, se ubicaron capillas perimetrales, con altares de mármol negro ofrecidos por la piedad de las más prestigiosas familias de Santiago. La calle que pasaba por enfrente de la iglesia recibió espontáneamente el nombre de Santo Domingo, con que la bautizó el pueblo santiaguino. La casa de enfrente era de propiedad del encomendero de San Juan de la Frontera Andrés Hernández de la Serna, quien se apresuró en ceder el terreno en que se formó la plazuela o atrio del templo.

La calle de Santo Domingo comenzaba, por el oriente, con la llamada “Casa de la Palma” y terminaba, por el poniente, con la denominada “casa de la Bastilla”. La primera, tomaba ese nombre de una

alta palmera cuya copa sobrepasaba los tejados y que tuvo sostuvo la bandera de la patria, tras el triunfo de Maipú, el 5 de abril de 1818. En el transcurso de tres siglos, esta calle vio alzarse la casa del Ministro de O’Higgins, don José Antonio Rodríguez Aldea, que hasta hoy se yergue en la esquina de Mac Iver. Fue conocida como “casa de los Velasco” (y no de Manso de Velasco, como se sostiene por error) por ser este el apellido de la esposa del ministro y pasado después a sus hermanos de ese apellido. Construida en 1815, conserva su patio de muros azules y su corredor volado. Fue sede de la primera filarmónica de calidad, inaugurada por el Presidente don Francisco Antonio Pinto, en 1827. En tiempos más recientes, fue adquirida por la Compañía Chilena de Electricidad, que la restauró y la destinó a habitación de su mayor ejecutivo. También albergó al Tribunal Constitucional y en su fachada tiene con una placa de mármol del Instituto de Conmemoración Histórica de Chile que recuerda su presencia en el paisaje urbano de Santiago.

Si avanzamos hacia el poniente, entre las actuales calles de San Antonio y 21 de Mayo, existió el claustro de las Monjas de la Victoria, que, después, pasó a ser un recinto de espectáculos públicos. En mayo de 1841 se presentó allí el primer elefante conocido en Chile, acompañado por una pareja de monos que bailaban un vals al son de la flauta de Monsieur Bogardus. El espectáculo conmovió al vecindario hasta el punto de tener que interrumpir por algunos días el tránsito por Santo Domingo. Era tal la destreza del mono, vestido de levita roja y cuello blanco, que el pueblo de Santiago asignó su nombre de “Pinganilla” a un tipo humano de aparente calidad, pero de escasa importancia.

También la Logia Lautarina tuvo su sede en esta calle que, como se dijo, terminaba en la “casa de la Bastilla”, así llamada por haber coincidido su construcción con el año de la Revolución Francesa, en 1789. Esta propiedad fue la primera de cal y ladrillo levantada en la ciudad, perteneció al sacerdote jesuita Sebastián de Lecaros y ostentaba en la esquina una maciza pilastra de piedra. Fue, después, una hospedería regentada por una mujer de pueblo llamada la negra Rosalía, por el color moreno de su piel, que fue famosa por sus picarones en almíbar. Recién a mediados del siglo XIX pudo prolongarse la calle Santo Domingo hacia el poniente, al lotearse la Quinta de Portales y al darse vida al tradicional barrio Yungay. La calle Santo Domingo fue una de las arterias que conectaron ese barrio con el centro de la ciudad.